

LXXV

Entre sí pugnan hachas despiadadas
al bosque haciendo desusado ultraje:
yacen al golpe destructor talladas
las sacras palmas y el ciprés selvaje;
pinos, fresnos y encinas elevadas
caen, y el tejo de inmortal follaje,
y el olmo amante á quien la vid se arrima
y con torcido pie monta á su cima.

LXXVI

Éste el cedro y aquél el roble abate
que cien años su copa muda y viste,
y al que cien años con horrendo embate
también del Aquilón la furia embiste:
otro la rueda gárrula combate
que al peso de los ramos se resiste.
De los golpes en tanto al vario ruido,
deja el bruto la cueva, el ave el nido.

CANTO CUARTO

ARGUMENTO.—El Príncipe de las tinieblas quiere agobiar con mil trabajos á los cristianos: junta con este objeto á los espíritus infernales, y ordena á cada uno que ponga en juego para conseguirlo todos sus recursos. Inducido por ellos, Idræte intenta que su sobrina Armida se presente en el campo de Bullón y procure seducir y arrastrar consigo á los mejores caballeros, empleando el influjo de su hermosura y la gracia de sus palabras.

I

Mientras así de la estirpe floreciente
el bélico instrumento hace despojos,
el gran contrario de la humana gente
volvió al cristiano lívidos los ojos;
y viéndole aplicado á la obra ingente,
ambos labios mordiendo en sus enojos,
como el herido toro, su despecho
suspirando y mugiendo echó del pecho.

II

Y ensayando las artes en su idea
con que cause al cristiano mayor ruina,
su pueblo convocar ¡fiera asamblea!
en la regia morada determina,
cual si fácil intento ¡ay necio! sea
contrarrestrar la voluntad divina.
¡Necio!, que á Dios se atreve, y tiene en nada
cómo truenas de Dios la diestra airada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HISTÓRICA
MEXICO

III

Llama á los hijos de la noche eterna,
y el ronco són de la tartárea trompa
llena la honda amplísima caverna,
forzando el aire á que rugiente rompa.
No el rayo así tronando en la superna
región anuncia la celeste pompa;
no sacudida así lanza la tierra
cuanto hediondo betún preñada en cierra.

IV

Pronto á las altas puertas la tremenda
cohorte del abismo va llegando.
¡Oh cuánta forma extraña, oh cuánta horrenda!
¡Qué en sus ojos de muerte y qué de infando!
Unos de pie ferino dejan senda;
van de otros en la crin sierpes silbando,
ó arrastran por detrás cola arrogante
que anúdase y dilátase incesante.

V

Mil arpías y mil vieras rapaces,
y Medusas, y Esfinges y Chirones,
é infinitas ladrar Scilas falaces,
y bramar Hidras, y silbar Pitones,
Chimeras vomitar llamas voraces,
y horrendos Polifemos y Geriones,
y las formas de monstruos mil ya oídos
nuevos monstruos juntar nunca sabidos.

VI

Á la derecha parte y la siniestra
vanse á sentar, y el crudo Rey delante
posado está y en medio, y con la diestra
tiene el cetro infernal rudo y pesante.
No se alza escollo en mar ni roca alpestra,
no hay elevado Calpe ó magno Atlante,
que en fácil modo dominar no cuente,
si grande se alza su cornuda frente.

VII

Terror aumenta y su soberbia acrece
de horrenda majestad el rostro lleno,
y cual cometa infausto resplandece
la mirada de sangre y de veneno.
Su barba cual maleza inculta crece
la faz cubriendo y el lanudo seno,
y á modo de voráGINE profunda
abre la boca en negra sangre inmunda.

VIII

Como sulfúreos ríos encendidos
y peste y trueno á Mongibelo asuelan;
del pecho así los hálitos perdidos,
así el hedor y las cenizas vuelan.
Cesa en tanto Cerbero en sus ladridos;
Hidras y Esfinges escucharle anhelan;
crujieron los abismos y temblaron,
y estas voces los ecos retumbaron:

IX

«Tartáreos dioses, dignos de sentaros
sobre del sol, junto al origen vuestro,
que lanzados de reinos muy más caros
fuisteis conmigo á este lugar siniestro;
de otro el fiero desdén, los celos raros
sabidos son, y el gran intento nuestro;
¡y ese manda hoy el orbe á su capricho
y rebeldes vencidos nos ha dicho!

X

»Y en vez del día sosegado y puro
del áureo sol y la celeste rueda,
aquí nos cierra en el abismo obscuro,
y á honor más alto de aspirar nos veda,
mientras ¡oh cuánto recordarlo es duro!
¡oh no hay dolor que á este dolor no ceda!
al hombre vil, nacido de vil cieno,
sabiendo miro al inmortal sereno.

XI

»Ni esto le basta; mas al hijo entrega,
por más daño causarnos, á la muerte;
y las tartáreas puertas rompe, y llega
el pie á estampar en nuestros reinos fuerte;
y al cielo arrastra, y dominar nos niega
las mismas almas que nos dió la suerte;
y allá triunfando, á nuestro escarnio eterno
alza estandartes del vencido infierno.

XII

»Mas ¿á qué redoblar mi duelo hablando?
¿quién ya no mira nuestra torpe incuria?
¿ni en qué lugares ocurrió, ni cuándo
él con nosotros deponer la furia?
¿Á qué pues vieja ofensa ir recordando?
Pensemos hoy en la presente injuria.
¿Cambiando no le veis de astucia y modos,
á su culto llevar los pueblos todos?

XIII

»¿Y nosotros en ocio arrastraremos
así el vivir sin que el furor se encienda?
¿y mayor su poder siempre veremos,
y ser el Asia de sus cruces prenda?
¿que á la Judea rinda sufriremos,
y su nombre y su honor dure y se extienda?
¿que en más lenguas y verso y libros viva,
y en más bronces y mármoles se escriba?

XIV

»¿Que los ídolos nuestros caigan rotos,
que el mundo á sus altares se convierta,
que á él solo arrastren súplicas y votos,
y el oro y el incienso esté á su puerta?
¿que do hubimos ayer templos devotos,
ni senda á nuestros pasos quede abierta?
¿que de las almas hoy cese el tributo,
y en imperio vacío albergue Pluto?

XV

»¡Ah! no será; que aun viven encendidos en nos los bríos del primero intento, cuando de fierro y llamas revestidos lidiamos ya contra el celeste asiento. Fuimos, es cierto, en el afán vencidos; mas no faltó grandeza al pensamiento. Allí del más feliz fué la victoria: quedó á nosotros de la lid la gloria.

XVI

»Pero os detengo asaz. Id, mis correos fieles y amigos, mi sostén, mi fuerza; veloces id, y oprímase á los reos, hoy que auxilio mayor no los refuerza. Antes que ardan sin fin campos hebreos de sus armas el ímpetu se tuerza. Entre ellos penetrad y siembren daños la violencia do quiera ó los engaños.

XVII

»Hado sean mis órdenes. Destierro á éste oprima, y á aquél la muerte aprisa, y otro de amor lascivo en torpe encierro adore una mirada ó blanda risa. Contra su dueño se convierta el fierro de la turba entre sí suelta y divisa. Húndase el campo, y en su ruina entera hasta el vestigio de su nombre muera.»

XVIII

No aguarda que termine sus acentos la gente que el imperio á Dios disputa; que abandona los lóbregos asientos, libres saliendo á la estrellada ruta, como los fieros borrascosos vientos que fuera van de la nativa gruta el cielo á obscurecer, llevando guerra al ancho mar y á la asombrada tierra.

XIX

Así pueblos corriendo van extraños, por el mundo volando desparcidos, y comienzan á urdir artes y engaños de los modos más nuevos revestidos. Mas dime ¡oh musa!: los primeros daños ¿de dónde á los cristianos son venidos? Que á nos de tan incógnitas arenas débil eco de fama alcanza apenas.

XX

Rige á Damasco y la región vecina Idraote feliz, mago famoso, que desde tierna edad á la adivinancia se entrega, y de ella es orgulloso. ¡Vano saber!; que á predecir no atina de aquella larga lucha el fin dudoso; que la verdad no el astro manifiesta errante ó fijo, ni infernal respuesta.

XXI

Mas él piensa (de humana y ciega mente
¿aun habrá quien los juicios afiance?)
que al ejército invicto de Occidente
muerte le guarda en miserando trance;
y como entiende que la egipcia gente
al fin la palma de la empresa alcance,
quiere que al pueblo suyo en la victoria
parte le toque del trabajo y gloria.

XXII

Mas teme el mal de triunfo sanguinoso;
que el cristiano ardimiento en mucho estima,
y antes quiere que medio artificioso
su fuerza amengüe y su vigor reprima,
con que fácil al franco belicoso
hora su hueste y la de Egipto oprima.
Su mente estaba aquí, cuando al delito
á provocarle más llegó el precito.

XXIII

Y el modo le aconseja cómo enrede
el engaño, y el tiempo determina.
Dama á quien de hermosura le concede
el Oriente lá palma, es su sobrina.
Amor, halago y cuantos fraudes puede
usar maga ó mujer ella domina.
A ésta llama y explica el pensamiento,
y á entrar la incita en el torcido intento.

XXIV

«Hija mía, le dice, que en sutiles
cabellos de oro y celestial semblanza
guardas cabeza y pecho varoniles
y mágico saber que al mío avanza;
si me ayudan tus artes femeniles,
responderá el efecto á la esperanza.
De cauto anciano ejecutriz temida
teje la tela que te entrego urdida.

XXV

»Marcha al campo enemigo. Allí desplega
los blandos giros con que amor triunfante
la súplica melosa en llanto anega
y entre suspiros la palabra amante.
Beldad doliente y misera, doblega
á tu querer los pechos de diamante.
Con la mentira á la verdad responde,
y en fingido pudor la audacia esconde.

XXVI

»Á Godofredo arrastre el incentivo
de suave acento ó de feliz mirada,
con que ardiendo de amor en fuego activo,
de la guerra se aparte comenzada;
ó á los grandes después, si él es esquivo,
lleva y guarda en región siempre apartada.»
Y aquí exhorta, y acaba artificioso:
«Por la patria y la fe todo es glorioso.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXVII

La empresa acoge Armida, y altanera
de juventud hermosa con los dones,
parte en la noche que llegó primera
vías buscando ocultas y mansiones;
que en femenino semblante y traje espera
vencer invictos pueblos y legiones.
Mas en el vulgo cuando el viaje emprende
voces diversas con cautela extiende.

XXVIII

Pasados breves días, la doncella
del cruzado en las tiendas amanece.
Se alza al aparecer fembra tan bella
gran murmullo y el campo se estremece.
Como cuando de día ignota estrella
ó cometa en los cielos aparece,
todos por ver se agolpan á porfia
cuál la huésped sea y quién la envía.

XXIX

No vieron Chipre y Argos, no vió Delo
tanto esplendor de galas y belleza.
El oro del cabello en blanco velo
trasluce envuelto ó brilla en su pureza;
como el sol, cuando paz recobra el cielo,
cándida nube á remontar empieza,
y por ella al romper, va derramando
lumbre mayor, el día redoblando.

XXX

Más riza el aura el pelo desparcido
que ya en ondas encrespa la natura;
avaro su mirar, guarda escondido
milagros del amor y la hermosura;
dulce rojo color se mezcla unido
con el terso marfil de la faz pura;
mas al labio que expide aura amorosa
sólo simple carmin presta la rosa.

XXXI

Muestra el seno su nieve allí desnuda
donde el fuego de amor se enciende y vuela:
ves de sus pechos apretada y cruda
parte; otra esconde la envidiosa tela;
mas si á los ojos ella el paso anuda,
da al pensamiento enardecida espuela;
que no bien hartó en la hermosura externa,
por los misterios últimos se interna.

XXXII

Como rayo en el agua se clarea,
ó traspasa el cristal y no le parte,
por entre el casto velo osa la idea
entrar así por la vedada parte:
se espacia allí y en la verdad recrea
y de milagros tantos con el arte,
y al deseo los narra y los describe,
y el fuego en él más férvido revive.

XXXIII

Pasa entre aplausos y halagada Armida
la ansiosa multitud: dulce sonríe,
y aunque su gozo en esconder se cuida,
de muy altas conquistas ya se engríe.
Mientras demanda, un tanto suspendida,
quien al excelso Capitán la guíe,
Eustaquio llega, el cual del soberano
jefe del campo es el postrer hermano.

XXXIV

Gira como á la luz la mariposa
al esplendor de la beldad divina,
y ansia cerca admirar la faz hermosa
que dulcemente acto modesto inclina;
mas allí prendió en él llama insidiosa
cual fuego sorprendió yesca vecina,
y á ella vuelto exclamó (que en atrevido
amor y juventud le han convertido):

XXXV

«Mujer, si con tal nombre es bien te llame;
que no pareces tú mortal criatura,
pues no hay hija de Adán en quien derrame
el cielo tanta luz serena y pura;
de tu venida asunto y nuevas dame,
y si te trae la nuestra ó tu ventura.
Quién eres sepa yo, porque te honore,
si humano sér; si espíritu, te adore.»

XXXVI

«Mucho, responde, tu alabanza cuenta,
y mi escaso valor no á tanto arriva.
Mortal cosa á tus ojos se presenta,
si ya muerta al placer, al llanto viva.
Á venir mi desdicha me violenta
virgen peregrinante y fugitiva.
Hoy á Bullón me acojo y á su fama:
¡tan grande su clemencia el orbe aclama!

XXXVII

»Tú al Jefe me conduce soberano,
pues tanta muestras gala y cortesía.»
Y él responde: «Bien es que al un hermano
te sea el otro intercesor y guía.
No, virgen bella, me pediste en vano;
no es inútil con él la gracia mía;
serán á tu servicio, si te agrada,
cuanto valen sus fuerzas ó mi espada.»

XXXVIII

Dice, y la lleva do Bullón se oculta
entre sus héroes de la plebe ociosa.
Ella saluda humilde y luego inculta
se finge y calla atónita y medrosa,
mientras el casto rubor que falsa abulta
aplaca el Capitán, templa y reposa.
Luego el urdido engaño así despliega
en voz tan dulce que hasta el alma llega:

XXXIX

«Jefe invicto, le dice, tus acciones
 hoy tan ínclitas corren por la tierra,
 que á honor tienen provincias y regiones
 el ser por ti vencidas en la guerra.
 Sabido es tu valor, y si los dones
 amar es dado que el contrario encierra,
 no encuentres pues en tu enemigo raro
 á ti llegar y demandar tu amparo.

XL

»Yo así, bajo diversa ley nacida,
 que hundir quieres en luto y abandono,
 yo de ti aguardo hoy verme protegida
 y de mis deudos arrancar mi trono.
 Otro á los suyos los refuerzos pida
 contra las vías de extranjero encono:
 yo, pues en vano su piedad provocho,
 contra mi sangre á mi enemigo invoco.

XLI

»Te llamo y en ti espero, que á la altura
 puédesme levantar de do cayera;
 y no tu diestra á alzar menos segura
 será que á derribar es valedera;
 ni menos de piedad la palma dura
 que el sangriento laurel de lid guerrera;
 y si reinos quitar pudo tu brío,
 ten gloria igual en devolverme el mío.

XLII

»Mas si la fe diversa te dirige
 á despreciar tal vez mi ruego honesto,
 lo que de tu piedad el orbe exige
 ¿será olvidado por tu honor tan presto?
 Testigo es ese Dios que á todos rige
 que no en causa mejor tu brazo has puesto.
 Mas oye ahora, porque entiendas todo
 mi mal y de mi raza el torpe modo.

XLIII

»Hija soy de Arbilán, que en menor cuna
 criado, al trono de Damasco vino;
 que de Cariclia bella su fortuna
 con la mano el imperio le previno.
 Mas mi primer quejido triste aduna
 con los suyos postreros el destino;
 que casi en sólo un punto dió la suerte
 vida á la hija y á la madre muerte.

XLIV

»Y el primer sol no bien era pasado
 del día que soltara el mortal velo,
 ya mi padre también, cediendo al hado,
 tal vez con ella se juntó en el cielo.
 Del imperio y de mí dejó el cuidado
 al hermano que amó con tanto celo;
 que si en los pechos gratitud cupiera,
 contar la suya sin igual debiera.

XLV

»Desque de mi orfandad tomó el gobierno
de mi ventura tan celoso anduvo,
que de incorrupta fe, de amor paterno
y de inmensa piedad la fama obtuvo;
ó que el inicuo pensamiento interno
envuelto en falsas apariencias tuvo,
ó que de mí su afecto aun no separa,
porque al hijo mi mano le guardara.

XLVI

»Yo crecí y él también; mas no al respecto
de galán caballero en cortesía;
ni nada bello, generoso y recto
empeño ó gusto de aprender ponía.
Ánimo atroz bajo deforme aspecto
encubre y vil codicia en alma impía,
y en costumbres y acciones tanto es rudo,
que nadie en vicios igualarle pudo.

XLVII

»Pues á un hombre tan vil mi noble tío
en matrimonio á unirme se dispuso,
entregándole el lecho y reino mío,
y claro veces mil me lo propuso.
Por doblar á este efecto mi albedrío,
arte, ingenio, elocuencia en juego puso;
mas nó logró arrastrarme al propio agravio;
antes calló, negó siempre mi labio.

XLVIII

»Al fin partió con rostro tan obscuro,
que revelaba en él saña infinita,
y hasta la historia de mi mal futuro
ver en su frente parecióme escrita.
Mi sueño desde allí siempre inseguro
con fantasmas y aspectos mil se agita,
y grabado en mi pecho horror extraño,
cerca parece presagiar mi daño.

XLIX

»La sombra de mi madre aparecía
ante mi vista, pálida, llorosa;
¡cuánto mudada, aymé, de la que un día
vide en trasunto imagen amorosa!—
¡Hija!, parte veloz; huye, decía,
la muerte que te guardan horrorosa.
Ya la copa, ya el fierro del tirano
miro lucir en la cobarde mano.—

L

»Mas ¡ay! del corazón ¿qué aprovechaba
la interna voz, de la verdad reflejo,
si entre el temor y angustia vacilaba
mi tierna edad sin encontrar consejo?
Si á abandonar la patria me inclinaba,
sola huyendo, mi espíritu perplejo,
era tan grave el mal, que antes quisiera
yo mis ojos cerrar do los abriera.

LI

»Me asustaba la muerte, y no tenía
 (¡quién lo creyera!) de impedirlo audacia:
 también mi susto descubrir temía,
 con que abreviar pudiera mi desgracia.
 Así en continuo padecer traía
 una vida agitada y triste y lacia,
 como el que aguarda en la cerviz desnuda
 por instantes el golpe de hacha cruda.

LII

»En trance tal, ó fuese amiga suerte,
 ó que otro mal me guarda mi destino,
 uno en la regia corte (á quien la muerte
 de mi padre á robar favores vino)
 que ya el instante del morir me advierte
 marcado por el Rey está vecino,
 y que él mismo al inicuo le ofreciera
 que en ese día el tósigo me diera.

LIII

»Él me añadió que en hora tan sañuda
 la fuga sólo mi vivir salvara,
 y viendo mi orfandad pobre y desnuda,
 dió él mismo al riesgo intrépido la cara;
 y me conforta tanto y tal me ayuda,
 que no ya el freno del temor me pára;
 y hora con él á abandonar me apresto
 la patria, el deudo y el hogar funesto.

LIV

»Con sus amigas sombras me acompaña
 cual nunca el manto de la noche obscuro.
 Con dos esclavas, cuyo afecto engaña
 hoy mi dolor, dirijo el pie seguro;
 mas mi semblante en lágrimas se baña
 la cabeza volviendo al patrio muro;
 que del pueblo natal los techos rojos
 no se ven hartos de mirar mis ojos.

LV

»Juntos iban la vista y pensamiento,
 y avanzaba la planta mal su grado,
 como bajel que borrascoso viento
 de pronto arrebató del puerto ansiado.
 La noche y otro sol con firme aliento
 suelo agreste corré nunca pisado;
 mas un castillo al cabo me aposenta
 que de mi reino en el confin se asienta.

LVI

»Aronte manda en él, y Aronte ha sido
 quien me sacara de la angustia amarga.
 Mas nuestra fuga rápida ha sabido
 apenas el traidor, su furia larga
 vierte contra los dos enardecido:
 sus propias culpas en nosotros carga,
 y del crimen que él mismo disponía
 á los dos nos acusa su osadía.

LVII

»Dice que forcé á Aronte con mis dones
 en sus bebidas á mezclar veneno,
 porque no encuentre (él muerto) á mis acciones
 quien las prescriba ley ni ponga freno;
 que yo ansiaba en mis lúbricas pasiones
 recibir cien amantes en mi seno...
 Antes, ¡santo pudor!, que yo te ofenda,
 del cielo el rayo sobre mí descienda.

LVIII

»Asaz fuera que á un tiempo le animara
 de mi sangre la sed con la del oro,
 sin que su labio pérfido manchara
 mi terso honor, mi virginal decoro.
 El vil, que al pueblo teme, tal prepara
 de sus torpes mentiras el tesoro,
 que la ciudad atónita, suspensa,
 á las armas no corre en mi defensa.

LIX

»Ni porque al trono mío se remonte
 y el cetro empuñe en ambición tan ciega,
 hay que un alivio á mi desdicha apronte;
 antes al colmo su perfidia llega.
 Quemarle en su castillo ofrece á Aronte,
 si de propio querer él no se entrega,
 y anuncia guerra y exterminio impíos
 á mí ¡infeliz! y á los consortes míos.

LX

»Que así intenta purgar la mancha fea
 que en su frente imprimí, dice su boca,
 y al trono devolver y á mí ralea
 el brillo que empañé liviana y loca;
 mas es causa el temor que no le sea
 quitado el cetro que heredar me toca;
 que sólo entre mis ruinas, con mi muerte,
 puede su trono alzar seguro y fuerte.

LXI

»Y triunfará el designio que en la frente
 llegó á fijarse del traidor sañudo,
 y apagará mi sangre el ira ardiente
 que el llanto mío sofocar no pudo.
 Sálvame tú; que huérfana inocente
 y desolada virgen á ti acudo.
 ¡Ay! válgame á vencer mi suerte extraña
 este llanto, señor, que el pie te baña.

LXII

»Por este pie que altivas frentes huella,
 por esta mano que al caído ampara,
 por tus victorias, por la tumba aquella
 que á rescatar tu brío se prepara;
 resuelva tu piedad hoy mi querella,
 y dame el reino con la vida cara.
 Mas en ti la piedad asunto es leve,
 Si razón y justicia no la mueve.

LXIII

»Tú á quien concede generoso el hado
querer lo justo, hacerlo á tu albedrío,
darme puedes la vida, y un estado
regir; que es tuyo, si le gano, el mío.
Séame entre tus grandes héroes dado
diez conducir de electa fuerza y brío;
que á devolverme bastan mi corona,
pues me ama el pueblo y de lealtad blasona.

LXIV

»Y un varón principal, que á la defensa
de oculta puerta sin cesar preside,
la ofrece abrir, y en la tiniebla densa
entrarme en la ciudad; y auxilio pide,
aunque escaso, de ti; pues con él piensa
lograrlo todo; y tan excelso mide
tu poder, y tu nombre tal le anima
que más que inmenso ejército le estima.»

LXV

Aquí enmudece y la respuesta aguarda
en acción que callando dice y ruega.
Bullón dudoso en resolverse tarda
y á ideas mil el pensamiento entrega.
Del pagano y su astucia poco aguarda;
que fe no inspira quien á Dios la niega;
mas prueba á un tiempo el compasivo afecto,
jamás dormido en corazón perfecto.

LXVI

Ni la voz sola á persuadirle vino
que de su innata compasión es hija;
aprovecha también á su destino
que en el imperio de Damascó rija
quien propicio y leal le abra el camino
por do la empresa bélica dirija;
quien le ayude con oro y fuertes haces
contra el egipcio pueblo y sus secuaces.

LXVII

Y mientras él la duda manifiesta,
bajos los ojos, que en su mente gira,
la vista Armida en su semblante puesta,
clavada en él, sin pestañar le mira,
y tardar viendo tanto la respuesta
(que no tal lo pensó), teme y suspira.
Nególe al fin Gofredo su demanda;
mas con razón así discreta y blanda:

LXVIII

«Si en servicio de Dios hoy aquí unidos,
no alzáramos por él nuestra bandera,
tu ruego en nuestros pechos aguerridos
piedad y protección hallar pudiera;
mas si aun esta su grey, si estos vencidos
muros no ven la libertad primera,
¿mi campo he de privar de un solo brazo,
y así alargar de la victoria el plazo?

LXIX

»Yo te prometo (y hora tu consuelo
en esta prenda y lealtad le funda)
que si el muro inmortal, tan caro al cielo,
sacar logramos de la infiel coyunda,
devolverte á tu trono y patrio suelo
será á mi brazo obligación segunda;
mas fuera acción, si compasiva, loca
dar hoy al hombre lo que á Dios le toca.»

LXX

Esto oyendo, los ojos la infelice
baja y por breve instante está en reposo:
húmedos luego los levanta, y dice
con doliente ademán y eco lloroso:
«¿Á quién el cielo ¡ay misera! predice
más pesado vivir y desastroso;
que antes cambia en los otros la natura
que en mí la fuerza de la suerte dura?»

LXXI

»No hay ya esperanza. En balde me atormento.
No hay puerta á mi dolor en pecho humano.
¿Podré acaso esperar que este lamento,
que no te mueve á ti, rinda al tirano?
Ni de crueldad te acusará mi acento
porque socorro niegas tan liviano:
de mi pena al autor; al cielo acuso;
que así de bronce el corazón te puso.

LXXII

»No eres tú así, ni tus entrañas tales;
es mi destino atroz, que no me olvida;
los signos de mi estrella son fatales,
que aun no me arranca la insufrible vida.
Con quitarme empezó mis largos males
madre amorosa y en edad florida,
y en perseguirme hoy ¡misera! se halaga
bajo el cuchillo que mi frente amaga.

LXXIII

»Mas hora que de honor el puro celo
aquí más tiempo continuar me veda,
¿qué asilo iré á buscar? ¿dónde un consuelo
que del tirano defenderme pueda?
Pues no hay lugar tan hondo bajo el cielo
do no me alcance á hallar, ¿qué hacer me queda?
La muerte veo, y si evitarla es vano,
encontrarla me hará mi propia mano.»

LXXIV

Calla, y regio desdén por grados crece
y generoso en su mirada altiva,
y despechada en su ademán parece,
y en acción de torcer la planta esquiva.
Deshecho llanto el seno le humedece,
que la rabia y dolor perenne aviva,
y las nacientes lágrimas, al verlas,
parecen, contra el sol, rocío y perlas.

LXXV

Cubierto el rostro así de escarcha fría
que hasta la falda vierte sus albores,
fresco lirio entre rosas parecía,
abriendo al aura el pétalo de amores
cuando la risa de la aurora envía
menudo riego á las tempranas flores.
Le ve el alba correr, y está impaciente
con ese llanto de adornar su frente.

LXXVI

Y el cristalino humor, que fácil tanto
hasta el regazo y por la faz descende,
virtud de chispa encubre, y pasa en tanto
celado á pechos mil y en ellos prende.
¡Oh milagro de amor, que fuego al llanto
saca y las almas en el agua enciende!
Él siempre el orden natural doblega;
mas hoy cual nunca su poder despliega.

LXXVII

Arranca á muchos el dolor mentido
llanto veraz, y así vencerlos pudo,
que exclama cada cual con ella herido:
«Si Bullón á su voz resiste crudo,
hircana tigre su nodriza ha sido,
y regazo le dió peñasco rudo,
y le engendró del mar la hirviente espuma.
¡Impio, que tal mujer de pena abruma!»

LXXVIII

Aquí el mancebo Ustaquio, en quien batalla
más el amor con la piedad ferviente,
mientras la multitud murmura y calla,
prorrumpe audaz lanzándose impaciente:
«¡Oh mi hermano y señor!, remota se halla
de su primera inclinación tu mente,
si al asenso común que busca y ruega
un tanto tu querer no se doblega.

LXXIX

»No que los grandes pido á quien la cura
de los súbditos pueblos aquí liga,
se aparten de la empresa ya madura,
de sus cargos dejando la fatiga;
mas entre nos, guerreros de aventura,
á quien forzosa ocupación no obliga
ni tan grave la ley, diez, los menores,
¿no podrás señalar sus defensores?

LXXX

»Que de servir á Dios no se separa
el que á inocente virgen favorece,
y del tirano muerto ofrenda es cara
siempre el despojo que en su altar se ofrece.
Mas si tan santa acción no me inspirara
la esperanza del premio que merece,
el voto y orden que en nosotros vive
amparar las doncellas nos prescribe.

LXXXI

»¡Ah! no sufran los cielos que se diga
 en Francia, do valor cortés campea,
 que el peligro evitamos y fatiga
 en ocasión tan noble de pelea.
 Yo al menos dejo aquí yelmo y loriga,
 yo depongo la espada, y nunca sea
 que indigno oprima arzón y vibre acero
 y ose el nombre usurpar de caballero.»

LXXXII

Así acaba, y el orden suyo unido
 en ronco acento murmurante brama,
 y bueno juzga y noble ese partido,
 y estrecha al Capitán, pide y reclama.
 «Cedo, entonces les dice, y soy vencido
 por voluntad que tan concorde clama;
 mas los brazos que lleve á incierto trance,
 no de mi parecer, del vuestro alcance;

LXXXIII

»Y si crédito dais á la cordura
 hoy de Bullón, domad vuestras pasiones.»
 Esto sólo á decirles se apresura,
 el permiso aceptando los campeones.—
 ¿Qué no alcanzan el llanto en la hermosura,
 ó en el habla de amor blandas razones?
 Sale de hermoso labio áurea cadena
 que á su querer las almas dulce enfrena.

LXXXIV

Eustaquio encuentra á Armida y dice: «Apla-
 peregrina doncella, tus temores; [ca,
 que hoy de nosotros tu desdicha saca
 cuanto remedio alcanza á tus dolores.»
 Ella, en esto, mudó la frente opaca,
 tan risueña mostrando sus primores,
 que al enjugar sus ojos con el velo
 eclipsó su belleza al mismo cielo.

LXXXV

Dióle gracias después discreta y suave,
 y le mostró que tan excelsa ayuda
 contará al orbe, porque eterno alabe
 el dón ansiado que su suerte muda;
 y lo que humana voz pintar no sabe
 dice en sus actos elocuencia muda,
 de aquel engaño pérfido el efecto
 así ocultando so mentido aspecto.

LXXXVI

Y viendo que fortuna hora sonríe
 al comenzar de su engañosa idea,
 antes que el tiempo ó la ocasión varíe
 la trama aleve terminar desea.
 Ya con su halago y su beldad se engríe
 de más triunfos que Circe y que Medea,
 y á adormecer sirena se dispone
 á quien más alto de vigor blasone.

LXXXVII

No hay engaño ó disfraz que no se vista
 porque caiga en sus redes nuevo amante;
 ni á todos por un medio los conquista;
 que muda á cada cual acto y semblante;
 y ora recoge púdica la vista,
 ora la vuelve férvida y errante,
 y de aquéllos la aparta, ó clava en éstos,
 según los ve en amar tardos ó prestos.

LXXXVIII

Si ve que alguno de sus gracias quita
 la mente, ó receloso se rebela,
 el apagado afecto resucita
 con la mirada que candor revela.
 Así al tardío y tímido le excita
 en vivo ardor con amorosa espuela,
 y al dulce fuego de lascivo envite
 la helada nieve del temor derrite.

LXXXIX

Ó en el que orgullo intrépido se marca
 que audaz camino á acometer le induce,
 de sus miradas pronto esquiva y parca,
 la reverencia y el temor produce;
 mas entre el ceño que su frente abarca
 rayo de blanda compasión aun luce:
 así no el miedo la esperanza ahuyenta,
 y en ella hechizos el enojo aumenta.

XC

Sola á veces y aparte, imita cuanto
 anuncia del dolor la triste huella:
 ya compone la faz con tierno llanto,
 ya con ahogadas voces se querella.
 Con artificio tal arrastra en tanto
 cuitadas almas á llorar con ella,
 y templa para herir con más rigores
 en fuego de piedad armas de amores.

XCI

Luego, cual si el dolor borrado hubiera
 imagen nueva que placer le avisa,
 con habla dulce y frente placentera
 á sus tristes amantes busca aprisa.
 Cual doble sol en tanto reverbera
 su mirar vivo, su celeste risa,
 como rompiendo por la niebla oscura
 que primero empañó su frente pura.

XCII

Mas mientras dulce ríe y embriaga
 con su néctar sabroso los sentidos,
 abre en sus corazones honda llaga,
 nunca de tal deleite poseídos.
 ¡Ay! amor crudo de aflicción se paga;
 su acíbar y su miel van siempre unidos,
 y de su mano aleve, cual los males,
 las medicinas mismas son mortales.

XCIII

En tan varia región de nieve y fuego,
de esperanza y temor, de risa y lloro,
la bella engañadora en fácil juego
de sus amantes lleva el largo coro;
y si hay quien aliviar de amor tan ciego
osa con tiernas voces el tesoro,
se finge en el amor ruda, inexperta,
y que su idioma á comprender no acierta.

XCIV

Ó bien los ojos tímidos inclina
y de honesta vergüenza se colora,
con que las flores de la faz divina
la espesa red de las pestañas dora:
así derrama al aura matutina
su primero fulgor la rubia aurora.
Mas unido al pudor y á un tiempo nace
el esquivo desdén que hiere y place.

XCV

Y cuando alguno á la atrevida prueba
de descubrirla su secreto avanza,
huye y le evita, ó con caricia nueva
vuelve á incitarle en súbita mudanza;
después que un sol entero tal le lleva,
queda sin brío al cabo ni esperanza:
la huella así de bruto perseguido
pierde á la noche el cazador rendido.

XCVI

Estas las artes fueron con que á miles
ella arrastró furtiva en galanteo,
y sus armas, hechizos femeniles
y la amorosa angustia y el deseo.
¡Qué maravilla pues si el fiero Aquiles
lloró de amor, y Alcides y Teseo,
si á aquél que por Jesús el fiero esgrime,
también el crudo en su cadena oprime!